
Reseñas

Dar la palabra a un mudo es algo difícil de lograr

Luis Barrón

Si algo consiguió Kevin Costner en 1990 cuando interpretó el papel del teniente John Dunbar en su épica *Danza con lobos* (*Dances with Wolves*) fue solidificar aún más esa imagen tatuada en nuestro imaginario colectivo en la que el hombre blanco –siempre egoísta, ambicioso e incapaz de entender toda la complejidad de la cultura de los habitantes originarios de América– arrasó y contaminó todo al extender su dominio sobre los territorios del oeste de Norteamérica, exterminando al bisonte, asesinando comanches, sioux y apaches e, incluso, acusando de traición a quienes sí habían logrado comprender las bondades de las culturas indígenas. No solamente Costner ganó una nominación al Óscar como mejor actor, sino que su película se llevó la afamada estatuilla en siete distintas categorías –incluyendo las de Mejor película y Mejor director (el propio actor)–. Por si fuera poco, en 2007 la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos seleccionó a *Danza con lobos* como una película digna de inclusión en su “Registro Nacional de Películas” por su valor cultural, histórico o estético.

La trama de *Danza con lobos*, sin embargo, no es excepcional. Durante décadas ha sido un lugar común afirmar que las culturas indígenas de América prácticamente se perdieron cuando llegó a aniquilarlas el hombre blanco y, junto con ellas, toda su sabiduría, sus remedios medicinales, su conocimiento del medio ambiente y su relación simbiótica con la naturaleza. Otras historias, como la de Pocahontas (que Disney llevó al cine en una de sus películas animadas en 1995 y de la que Terrence Malick hizo una versión naturalista en 2005, titulada *El nuevo mundo*) o incluso la más reciente, *Avatar* (James Cameron, 2009) –una cinta de ciencia-ficción en don-

de se proyecta el mismo lugar común, pero con indígenas azules de otro sistema planetario–, han abonado el mito, han ganado premios y han contribuido a que el público en general idealice románticamente las culturas precolombinas.

Dentro de la academia, son muchos los historiadores y antropólogos que han querido derribar este lugar común. De hecho, también desde hace décadas, estos académicos le han dado vida al proyecto de contar la historia de esas culturas alejándose del eurocentrismo –de la historia contada solamente desde el punto de vista de los europeos que colonizaron no sólo el llamado Nuevo Mundo, sino también Asia y África–, tratando de darle voz a quienes no dejaron rastro escrito –y apenas algún vestigio arqueológico en muchos casos–. Sin embargo, la mayoría de las veces los resultados no han tenido tanto impacto como las películas de Hollywood o las historias adoptadas por Walt Disney.

El autollamado grupo de Estudios Subalternos es un ejemplo de quienes han tratado de avanzar ese proyecto y, precisamente, en su prólogo a *Selected Subaltern Studies*, Edward W. Said dice que “una importante prerrogativa historiográfica del grupo de estudios subalternos es reescribir la historia de la India colonial desde el muy distinto y separado punto de vista de las masas, utilizando fuentes no convencionales o ignoradas de la memoria popular, del discurso oral o de los documentos administrativos coloniales que no se han examinado”.¹ Esto viene al caso porque, al mismo tiempo, a lo largo de todo el libro se advierte al lector de los problemas metodológicos que implica trabajar con ese tipo de fuentes y del riesgo de convertir la “historia subalterna” en una empresa completamente separada, haciéndola una imagen de espejo de la misma historia cuya tiranía quiere combatir: elitista, limitada, provincial y discriminatoria, con las mismas fallas que marcan tanto a la historia como al discurso colonial.

The Comanche Empire, sin tener una relación aparente con la “historia subalterna”, es un libro cuyo principal objetivo es contar la historia de la expansión de los Estados Unidos hacia el oeste, pero desde el punto de vista de los comanches que, según Pekka Hämäläinen, construyeron un “imperio” al mismo tiempo que la colonización europea se expandía y comenzaba a convertirse, también, en un imperio.² Ambos, argumenta Hämäläinen, pudieron coexistir hasta que los comanches

¹ Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*. Nueva York: Oxford University Press, 1988, p. vi.

² Pekka Hämäläinen, *The Comanche Empire*. New Haven: Yale University Press, 2008, 500 pp.

enfrentaron presiones maltusianas y Estados Unidos logró obtener la ventaja definitiva con los ferrocarriles y los rifles de repetición. Basado en una investigación que incluyó la revisión extensiva de archivos en Estados Unidos, México y España, así como en fuentes tanto hemerográficas como primarias publicadas y en una muy extensa bibliografía, *The Comanche Empire* relata el cuento familiar de la expansión, resistencia, conquista y pérdida, pero revirtiendo los roles históricos usuales: es una narrativa en la que los comanches se expanden, se imponen y prosperan, y los colonos europeos se resisten, se retiran, y luchan por sobrevivir (p. 1).

A través de casi 300 páginas, en un relato bien construido, detallado e inteligente, Hämäläinen narra cómo, a partir de 1750, los comanches iniciaron una expansión basada en su muy desarrollada pericia como jinetes y criadores de caballos, lo que, sumado al provecho que supieron sacar de las condiciones geográficas y climáticas de las grandes planicies centrales de Norteamérica, les permitió ampliar poco a poco su radio de influencia a través del comercio, la ganadería, la cacería del bisonte y los ataques intermitentes a las colonias europeas. A lo largo de un siglo, argumenta Hämäläinen, poco a poco los comanches fueron sometiendo a otras tribus, incorporando a voluntarios de otras etnias y raptando a niños y mujeres blancos para esclavizarlos en distintas actividades económicas (p. 346-347). El resultado, dice, fue un imperio que “estaba basado en la violencia, pero como la mayoría de los imperios viables, era, sobre todo, una construcción económica” (p. 2).

The Comanche Empire es, sin lugar a dudas, un libro muy recomendable, pues abordando un tema interesante y con una perspectiva novedosa, el autor, en efecto, hizo un gran esfuerzo por darle voz a esta etnia y contar la historia desde *su* punto de vista, al mismo tiempo que combate dos lugares comunes: primero, el que dicta que la historia de América, cuando menos hasta la mitad del siglo XIX, estuvo determinada más por los cambios en las dinámicas de poder entre Europa y América, y por las reacciones de los gobiernos metropolitanos en Madrid, Londres, Versalles, México y Washington a esas dinámicas, que por las decisiones que tomaban los pobladores originarios y por sus relaciones con los colonizadores europeos; y, segundo, el que afirma que los blancos arrasaron con todo y que los indios simplemente fueron víctimas expectantes (con episodios de victorias aisladas, como la bien conocida de Toro Sentado y la del sioux Caballo Loco que le costó la vida al general George Armstrong Custer en 1876).³

³ Ver Nathaniel Philbrick, *The Last Stand. Custer, Sitting Bull and the Battle of the Little Bighorn*. Nueva York: Viking, 2010.

Sin embargo, cuando menos para este lector, dos negritos terminaron por manchar la blancura de ese arroz. El primero es el uso que se hace del concepto de “imperio”. Aunque para el título del libro quizá funcione bien, resulta sumamente contradictorio que se busque dar voz a quien no la ha tenido utilizando conceptos por completo ajenos a su cultura original. Tan problemático resulta el uso de la palabra “imperio” como concepto, que el mismo autor termina haciendo malabares como estos para justificar su uso: “los comanches, entonces, fueron un poder imperial pero con una diferencia: su objetivo no era conquistar y colonizar, sino coexistir, controlar y explotar” (p. 4); “los comanches ejercieron el poder en una escala imperial, pero lo hicieron sin adoptar una ideología imperial y sin construir un imperio del tipo europeo rígido” (p. 352). Es decir, usar la designación “imperio” para calificar a una cultura que no tenía esa categoría, es querer darle voz imponiendo nuestras categorías occidentales, lo que sólo demuestra lo difícil que es darle voz a un mudo. Y, quizá por eso, termina concluyendo que “los jefes comanches antes que todo eran actores locales y regionales, pero periódicamente gobernaban una entidad política: *la confederación comanche*” (p. 348, énfasis añadido).

Y eso me lleva al segundo problema: el uso exclusivo de fuentes occidentales que, aunque el autor no lo trata de esconder –pues desde la misma introducción hace el señalamiento– termina por llevarlo a conclusiones, si no equivocadas, cuando menos sí exageradas: “el imperio comanche fue un fenómeno histórico tan complejo, tan abstracto en su naturaleza y tan vasto que sus contemporáneos sólo pudieron entenderlo de manera fragmentaria” (p. 353), conclusión que llama sumamente la atención, pues es con fuentes producidas por esos mismos actores con las que el autor construye su argumento. O, “las visiones metropolitanas son importantes, pero muchas veces importaban menos que las políticas y los diseños de los comanches, cuya dominación finalmente alcanzó *dimensiones hemisféricas*, extendiéndose desde el corazón de Norte América hasta México” (p. 3, énfasis añadido). Quizás el análisis de otras historiografías y el uso más concienzudo de los testimonios de quienes sobrevivieron al rapto y al cautiverio entre los comanches hubiera ayudado, pues llegar a la conclusión de que “el poder de los comanches es el componente que falta para explicar bien el proceso histórico por el que la Nueva España fracasó en sus intentos para colonizar el interior de Norteamérica”, o de que, “en última instancia, el auge del imperio comanche ayuda a explicar por qué el norte de México es hoy parte del suroeste de los Estados Unidos” (p. 3), es tratar de evitar un lugar común construyendo una fantasía, que no ayuda mucho al

objetivo último: darle voz a los actores de la Historia que no nos dejaron testimonios escritos. Como dice Cuauhtémoc Velasco Ávila, “a falta de testimonios escritos por los propios indios, los dejados por aquellos cautivos que quisieron y lograron escapar [...] parecen de la mayor importancia: son los ojos de jóvenes adolescentes [...] que se vieron obligados a aceptar las costumbres y modos de vida de sus raptores”. Y aunque “la principal limitación de [los testimonios que se hicieron ante las autoridades mexicanas] consiste en que por su carácter formal no son completamente explícitos ni descriptivos [...] las narraciones de cautivos publicadas en Estados Unidos –que en el siglo XIX constituyeron todo un género [y que son las que más aprovecha Hämäläinen]– son más expresivas, pero por lo mismo más riesgosas”.⁴ En fin: son dos negritos en el arroz, que no le quitan ni su sabor, ni sus nutrimentos ni su importancia.

Política a contraluz

Rafael Rojas

En años recientes ha cobrado fuerza el estudio de la vida política durante las décadas posteriores a la independencia de México. Los trabajos de José Antonio Aguilar sobre los poderes de emergencia en la primera mitad del siglo XIX, de Alfredo Ávila sobre la oposición radical durante el Imperio de Iturbide y la Primera República Federal y de Catherine Andrews sobre las presidencias de Anastasio Bustamante son, tan sólo, tres ejemplos de las intervenciones de la historiografía en un periodo erróneamente identificado con el “santannismo” o con la oscilación entre anarquía y dictadura.⁵

Bajo las imágenes engañosas del caos o el caudillismo, la nueva historiografía ha encontrado una vida política intensísima, en la que ciudades y regiones, pueblos y

⁴ Cuauhtémoc Velasco Ávila, *En manos de los bárbaros*. México: Breve Fondo Editorial, 1996, p. 26. Este pequeño libro –muy útil, por cierto– reúne varios testimonios de cautivos que lograron escapar o que fueron rescatados y que se encuentran alojados, dentro del acervo reunido en 1872 por la Comisión Pesquisidora de la Frontera Norte del gobierno mexicano, en el Archivo Histórico “Genaro Estrada” de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

⁵ Ver, por ejemplo, José Antonio Aguilar, *El manto liberal. Los poderes de emergencia en México, 1821-1876*. México: UNAM, 2001; Alfredo Ávila, *Para la libertad. Los republicanos en tiempos del imperio, 1821-1823*. México: UNAM, 2004; Catherine Andrews, *Entre la espada y la Constitución. El general Anastasio Bustamante. 1780-1853*. Ciudad Victoria: Universidad Autónoma de Tamaulipas, 2008.

castas, ayuntamientos y guarniciones, élites letradas y una nueva clase política, impulsada por la movilidad social de la guerra de independencia, pugnaban por la defensa de sus intereses y por la hegemonía de la esfera pública. El libro de María Eugenia Vázquez Semadeni, *La formación de una cultura política republicana* (2010),⁶ resultado de su tesis doctoral en El Colegio de Michoacán, se suma a ese corpus historiográfico por medio de la indagación de una de las formas sociabilidad política más intensas de aquellas décadas: las logias masónicas.

Entre mediados del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, el auge de la masonería en Europa, Estados Unidos y América Latina coincidió con la construcción de los estados liberales. Una construcción que, como es sabido, prescindía entonces de los mecanismos jurídicos y políticos de asociación, propios de las democracias avanzadas. De ahí que las logias masónicas, cuyo origen se ubicaba en la tradición asociativa ilustrada, superpusieran, en muchos países occidentales, a sus roles filantrópicos y secularizadores, las funciones de los partidos políticos y las facciones parlamentarias.

Cuando el sociólogo alemán Georg Simmel analizó la masonería dentro de las formas de sociabilidad moderna, destacó que las mismas gravitaban hacia una esfera diferente a la pública y a la privada, aunque interrelacionada con estas, que habría que ubicar en el ámbito de lo secreto.⁷ Pensaba Simmel que las sociedades secretas, por su origen ilustrado, producían una socialización paradójica, ya que su rol público se dirimía a contraluz. Lo secreto, concluía, al igual que lo privado, no es apolítico, sino intensamente político, sólo que su modo de socialización se practica desde el otro lado de la transparencia que demanda toda esfera pública.

Este universo paradójico, a medio camino entre el antiguo régimen virreinal y el nuevo Estado liberal, está magníficamente descrito por Vázquez. Aquí se reconstruye la articulación de las dos grandes logias, la yorkina y la escocesa, durante el primer Imperio y la primera República Federal, sus alianzas u oposiciones a los gobiernos de Agustín de Iturbide y Guadalupe Victoria y su feroz intervención en las elecciones presidenciales de 1828, en que se enfrentaron las candidaturas de Manuel Gómez Pedraza y Vicente Guerrero, y que derivó en las revueltas de la Acordada, en 1829, y Jalapa, en 1830.

⁶ María Eugenia Vázquez Semadeni, *La formación de una cultura política republicana. El debate público sobre la masonería. México, 1821-1830*. México: UNAM/ El Colegio de Michoacán, 2010.

⁷ Georg Simmel, *El secreto y las sociedades secretas*. Madrid: Sequitur, 2010, pp. 9-24.

Vázquez observa que, ante la extraordinaria expansión de la masonería en la clase política y militar, en el México de mediados de los años 20 del siglo XIX surgieron propuestas que intentaban limitar la influencia de las logias o que, por el contrario, sugerían una legitimación de las mismas como partidos políticos. El debate en el Senado, en la primavera de 1826, en el que se enfrentaron los senadores Manuel Cevallos y Juan de Dios Cañedo y que, en algún momento, involucró al Secretario de Relaciones Interiores y Exteriores, Sebastián Camacho, quien presentó un informe sobre las fraternidades secretas, es un capítulo clave de la querrela masónica.

La sociabilidad secreta llegó a emerger en el corazón de la sociabilidad pública, el Congreso Federal, cuyas facciones parlamentarias respondían, verticalmente, a las lealtades masónicas. El libro de Vázquez demuestra que, sin mayores dificultades, podría concluirse que la forma de sociabilidad política determinante de la primera década republicana en México fue la masonería. Una forma de sociabilidad que, como la autora advierte –en sintonía con los estudios clásicos de Michael Costeloe y Torcuato Di Tella– involucra, desde luego, la representación de intereses anclados en otras identidades clasistas, étnicas, religiosas, regionales o culturales.⁸

A Vázquez no le interesa únicamente la reconstrucción de la querrela masónica en la primera década postvirreinal sino el análisis de la incidencia que la masonería tuvo en la formación de la cultura política republicana. Es en este segundo aspecto donde sus conclusiones introducen un enfoque de la mayor relevancia en los estudios históricos sobre el siglo XIX mexicano. A diferencia de buena parte de la historiografía sobre el tema, Vázquez considera que la sociabilidad masónica no fue un elemento ajeno o contrario a la difusión del paradigma republicano. La pregunta que queda después de la lectura de este magnífico libro y que trasciende, desde luego, los objetivos del mismo, es por qué una forma de sociabilidad que llegó a ser tan central en aquellos años dejó de serlo en las décadas siguientes.

La masonería siguió reproduciéndose a lo largo del siglo XIX mexicano, pero su rol político cambió notablemente a partir de los años 30. La explicación de la pérdida del protagonismo público de las logias sigue siendo débil, dentro y fuera de la historiografía masónica. La formalización de los diferendos políticos y la propia

⁸ Michael Costeloe, *La primera república federal de México (1824-1835)*. México: FCE, 1975; Torcuato S. Di Tella, *Política nacional y popular en México, 1820-1847*. México: FCE, 1994.

institucionalización del Estado liberal contribuyeron a que las logias se replegaran de lo público y recuperaran, en buena medida, el ámbito de lo secreto, que habían perdido durante la primera República Federal. Hay aquí un tema, que como epílogo al libro de María Eugenia Vázquez o como punto de partida de un nuevo estudio, merecería la atención de los historiadores.

La adoración del nombre infinito

Jean Meyer

Publicado en inglés y en el año 2000 por la Universidad de Harvard bajo el título *Naming Infinite. A True Story of Religious Mysticism and Mathematical Creativity*, este libro de 284 páginas es una lectura fascinante.⁹ En 1913, el zar de Todas las Rusias manda a sus marinos a la pequeña república teocrática del Monte Átos, la “Sagrada Montaña” griega, para arrestar y exiliar en la campaña rusa a unos 200 monjes rusos, calificados de herejes por la Iglesia Ortodoxa Rusa, porque son adeptos de la cofradía de la Adoración del Nombre. Veneraban el Nombre de Dios, en la tradición mística de San Gregorio Palamas, y alcanzaban el éxtasis al repetir sin fin la “oración del corazón” (*Góspodi pomiluyi: Señor ten piedad de mi, pecador*) o *El Nombre de Dios es Dios*.

Ahora bien, resulta que los matemáticos rusos de la famosísima Escuela de Moscú, enfrentados con los infinitos de la teoría de los conjuntos de Georg Cantor, encontraron en la Adoración del Nombre un estímulo para creer en la existencia de aquellos nuevos infinitos matemáticos. Así, Pavel Florensky (sacerdote), Dmitri Egorov y Nikolai Luzhin –todos adeptos de la Adoración– prolongaron los trabajos de los matemáticos racionalistas franceses Emile Borel, René Baire y Henri Lebesgue que habían preparado el terreno, antes de pararse al bordo de lo que les parecía un abismo insondable, tendiente a la locura. Descorazonados por la duda frente a las paradojas de la teoría de los conjuntos, minados por las rivalidades personales y víctimas de un escepticismo ligado al contexto francés marcado por el cientificismo y el anticlericalismo, habían tirado la toalla.

⁹ Jean-Michel Kantor y Loren Graham, *Au nom de l'infini. Une histoire vraie de mysticisme religieux et de création mathématique*. París: Belin, 2010.

El francés Jean-Michel Cantor es matemático e historiador de las matemáticas, mientras que Loren Graham es profesor emérito del Instituto de Tecnología de Massachussets e investigador asociado de la Universidad de Harvard. En estrecha colaboración y a lo largo de muchos años, realizaron la investigación necesaria en archivos rusos, europeos y americanos para escribir esta historia, en la cual las hadas madrinas de las matemáticas son la Razón y la Fe, la Fe y la Razón. Contra una opinión tan positivista como común, no fue la primera ni será la última vez que, en la historia de las ciencias, Fe y Razón van de la mano. Pocas veces en la historia de las ciencias se toma en cuenta el hecho de que Copérnico y Kepler, Descartes y Leibniz, Newton y Pasteur eran profundamente religiosos; todavía menos se nos ocurre pensar que sus convicciones y su religiosidad, lejos de ser un obstáculo o un hecho sin relación con su actividad intelectual, pudo haberlos ayudado en sus descubrimientos.¹⁰

¿Por qué no aceptar que *Le Cavalier Descartes* hizo la peregrinación a Loreto para entregar a la Virgen del mismo nombre un ejemplar de su *Discours de la Méthode*? ¿Por qué asombrarse de los numerosos escritos teológicos de Newton y decir del gran Isaac que era un “genio excéntrico, el primero de los científicos y el último de los brujos”? Trotzki tuvo la misma reacción cuando vio, en una asamblea de ciencia y tecnología, a un barbudo de pelo largo luciendo una sotana blanca: “¿Qué cosa es ESTO?”, preguntó el organizador del Ejército Rojo. Los autores y los editores del libro que me ocupa escogieron como portada el cuadro de M.V. Nesterov (1917), titulado *Los filósofos*, que representa precisamente al ensotinado Pavel Florensky y a su amigo Serguei Bulgakov.

El libro cuenta de manera detallada, nunca aburrida, este episodio poco conocido, pero sintomático, de la historia reciente de las relaciones entre matemáticas y religión, en el contexto del anticlericalismo de la Tercera República francesa y del violento intento de erradicación de todas las religiones en la URSS, entre 1917 y 1941. Dos de los tres principales personajes rusos de esta historia perdieron la vida en el Gulag y el tercero sobrevivió al disimular profundamente sus convicciones hasta 1945.

Escrito para los que no sabemos matemáticas, el libro ha sido bien recibido por los propios matemáticos. Narra la historia del descubrimiento de un matemático

¹⁰ Edward Dolnick, *The Clockwork Universe: Isaac Newton, the Royal Society, and the Birth of Modern Science*. Nueva York: Harper, 2010

alemán, retomado y aumentado por los franceses; cuando se les secó el cerebro, sus alumnos rusos retomaron la estafeta con una energía extraordinaria y una sorprendente intuición. El punto omega de la narración es el encuentro, a principios del siglo xx, de estos matemáticos rusos con las prácticas religiosas de los Adoradores del nombre. El Padre Florensky fue el trujimán.

Los autores explican, en capítulos alternados entre Francia y Rusia, cómo las mentalidades de matemáticos de culturas diferentes engendran o prohíben, permiten y estimulan descubrimientos, con resultados muy contrastados, a favor de los rusos; frente al escepticismo y estancamiento de los franceses, la creatividad y el progreso de los rusos. “Este libro explora una idea central: una ‘herejía’ religiosa contribuyó de manera poderosa al nacimiento de un nuevo campo de las matemáticas”.¹¹

La originalidad de las matemáticas rusas floreció a principios del siglo xx con estos hombres y sus estudiantes; desarrollaron un acercamiento específico y original de una teoría de los conjuntos que se encontraba al centro de las polémicas entre filósofos y matemáticos europeos. Los éxitos de Dmitri Egorov y Nikolaï Luzhin han sido, hasta ahora, poco menos que ignorados por los historiadores de las ciencias, si bien la Escuela de Moscú que ellos mismos fundaron es muy conocida de los matemáticos del mundo entero. Menos conocido todavía es el hecho de que sus trabajos son inseparables de la historia religiosa del cristianismo oriental, de la persecución soviética y del drama personal de aquellos científicos. Su aventura intelectual ayuda a entender los procesos de la creación matemática desde los pre-socráticos hasta nuestros días. La fecundidad intelectual puede tener una fuente religiosa, nos dicen los autores, y precisan que ellos no son religiosos: “Al afirmar que el misticismo ayudó a los matemáticos rusos a desarrollar la teoría descriptiva de los conjuntos, tuvimos que sobrellevar nuestras prevenciones personales. Los dos somos laicos en el alma, muy alejados de la mentalidad de los Adoradores del Nombre. No escribimos este libro para pasar al bando de los religiosos en el sempiterno debate ciencia versus religión que ocupa tanto espacio”.¹²

No es necesario haber solucionado todos los problemas de la filosofía de las matemáticas para entender que la audacia rusa fue inspirada por su religiosidad, que la Adoración del Nombre, mal vista por la Iglesia Ortodoxa de Rusia y perse-

¹¹ *Au nom de l'infini...* : 9.

¹² *Au nom de l'infini...* : 247.

guida por los soviéticos, tuvo un papel decisivo en el surgimiento de una nueva disciplina matemática. De la comparación entre científicos franceses y rusos, sale la conclusión de que una ciencia demasiado rigorista, ultra racional, frena los arranques de la imaginación. El contraste entre la fría lógica francesa y el espíritu de los matemáticos rusos nos recuerda a la oposición entre la lógica cartesiana de Napoleón y la emotividad religiosa del general Kutuzov, tal como la presenta León Tolstoi en *Guerra y paz*: “Un ejemplo es el contraste todavía mal estudiado entre la fría lógica y la alta espiritualidad de las tradiciones matemáticas griegas e indias. En la tradición euclidiana griega, no hay teoría general de los nombres irracionales, mientras que los brahmanes indios del siglo XII consideraban que las raíces cuadradas, los números negativos y otros ‘nombres’ eran de esencia divina”.¹³

El último capítulo, “El lado humano de las matemáticas, ayer y hoy”, refleja la generosidad entusiasta de los autores, que preguntan: “La historia de las matemáticas del siglo XX empezó por el subjetivismo, luego fue sometida al racionalismo analítico: ¿verá el siglo XXI renacer un gran subjetivismo? Los que lo piensan invocan al ya legendario Alexandre Grothendieck, cuya autobiografía tiene acentos místicos.”¹⁴

La mínima historia de Carlos Monsiváis

Adolfo Castañón

I

México –lo sabemos en El Colegio de México– es un país de grandes y continuos conflictos, vivimos de crisis en crisis. De ahí que el tema del canon y del consenso sea uno de los imperativos vitales de la cultura mexicana. De ahí que saludemos con alivio entusiasta la publicación de esta historia mínima de la cultura mexicana en el siglo XX escrita a pluma por Carlos Monsiváis, por así decir, hace unos días y publicada por El Colegio de México en el marco de su 70 aniversario, como parte de un ambicioso proyecto editorial.¹⁵ El libro no hubiese sido posible sin el trabajo

¹³ Idem: 246

¹⁴ Idem: 256.

¹⁵ Carlos Monsiváis, *La cultura mexicana en el siglo XX* (edición preparada por Eugenia Huerta). México: El Colegio de México, 2010, pp. 507.

acucioso de la editora Eugenia Huerta Bravo, hija del poeta Efraín, hermana del también poeta David y muchos años editora de Siglo xxi.

La necesidad de conformar un canon cultural mexicano atraviesa y organiza las 500 páginas y 39 capítulos de este breviario cuya escritura se da como búsqueda y encuentro del consenso cultural. Monsiváis entiende aquí como cultura la cultura escrita, y aunque él domina la mercurial efervescencia de la cultura popular que explícitamente excluye aquí (recuérdese), el Museo del Estanquillo se concentra en el hilo de plata de la educación escolar y universitaria, trenzado con el hilo dorado de la educación literaria y artística.

El libro abre con un capítulo sobre el modernismo. La primera frase del libro es ya sintomática: “La ‘belle époque’ a la mexicana (fines del siglo xxi y principios del xx) gira en torno de consignas que no necesitan verbalizarse: la elegancia y la distinción salvarán del atraso y, sin contradicción, la frivolidad puede ser profunda”. Frase sintomática del proyecto socio-cultural del libro, si no es que del método y la personalidad misma del autor. Las tres últimas frases del libro no son menos significativas: “En tanto disciplina participatoria hoy la fotografía digital facilita, propicia la identificación de documentos y versiones visuales de la realidad ¿Quién no toma hoy fotos? En América Latina, el arte de la fotografía ha sido como en el verso de José Gorostiza, ‘un ojo proyectil que cobra alturas’. Significativas, de nuevo, del método riguroso, polimorfo, multicultural y zigzagueante de este artista del aforismo metido a paisajista y muralista”.

Algunos de los actores y personajes mayores que transitan por este escenario nacional no exento de centralismo son:

- 1) El libro como símbolo y emblema;
- 2) la educación y la universidad;
- 3) el Estado a la vez como construcción sacrificial y como maquinaria simbólica;
- 4) la Historia, representada estelarmente por la cultura de la Revolución mexicana –con sus antecedentes ateneos, sus portavoces literarios y artísticos (de Vasconcelos y Azuela a Riviera-Kahlo-Orozco-Siqueiros-Yañez y Rulfo)– y
- 5) por su hermana menor la “cultura” de la contra-cultura, el 68 al que se asocia el discurso subversivo por excelencia que es el del feminismo al cual Monsi dedica uno de sus capítulos finales (37) en el que a su vez concentra las lecciones y síntesis de otro libro póstumo gemelo de este: *Que abran esa puerta* publicado por Paidós a fines de 2010.
- 6) y 7) la tradición, el público, la audiencia, la historia que son como el coro, vivo, el

rumor hecho alegoría, los telones de fondo que aprueban o descartan, abuchean o murmura y contra el cual se recorta la historia en tránsito de lo oral y lo escrito.

- 8) los agentes individuales, los testigos-mártires de esta gesta tumultuosa –neologismo que le aprendí a Monsiváis– que va urdiendo con sus
- 9) obras y construcciones particulares, con su movimiento:
- 10) el canon, el reservorio, el vivero, el registro de consensos que estamos leyendo y que incluye al lector.

II

La publicación de *La cultura mexicana en el siglo xx*, 33 años después de publicadas las “Notas sobre la cultura mexicana moderna”, es una invitación irrevocable a redescubrir y releer a Carlos Monsiváis como un agudo paisajista de las atmósferas y movimientos que definen la cultura mexicana del siglo xx. Los que creían conocer a Carlos Monsiváis y le reprochaban la ausencia de una obra, aquí deberán volver sobre sus pasos para redescubrirlo.

Reminiscencia o resabio mayor de la lectura: el tuteo desenfadado y afectuoso con los (grandes) íconos de la cultura nacional: de Alfonso Reyes y Justo Sierra a Mariano Azuela, Rivera, Siqueiros, Orozco, Kahlo...

En *La cultura mexicana en el siglo xx* el lector no sólo se beneficiaría de la maestría y erudición de un guía incomparable que conoce por fuera y por dentro, como espectáculo y como experiencia, la cultura mexicana; asistirá también a una lección de pensamiento y a un gimnasio de la sensibilidad literaria y crítica donde leer será ya transformarse. Quisiera citar a un amigo de mi primera juventud, Armando Gómez Villalpando, hoy maestro en Guanajuato, quien en su libro *Para comprender a Monsiváis. Ética y estética*, habla del erasmismo de Carlos por su búsqueda polémica de la justicia, por su valentía a la hora de enfrentar a la Iglesia y a otros poderes de facto, y –añadiría yo– por su sentido de honor.

III

Carlos Monsiváis en *La cultura mexicana en el siglo xx* se despliega como un *grand causeur* que va armando su trama como un relato donde se ofrece un paisaje cultural descrito, que combina historia literaria y sociología del gusto y de la educación en una exposición de las *mœurs* costumbres, usos y episodios mexicanos.

Esa conversación se ofrece en su relato impersonal que va repasando, dando testimonio de los hechos y actos de un paisaje vertebrándolo desde la exposición literaria donde se da cuenta de los momentos perfiles, autores, obras, estados de

ánimo colectivos –afectos civiles diría Spinoza– de los momentos históricos cuya fecundidad se irá actualizando en acto, en cada aventura.

Más que o además de una historia, la de Carlos Monsiváis es una guía por las redes de la inteligencia hecha ciudad. Eso de que habla el relato de Carlos Monsiváis; la *cosa* ésa es México; o al menos una parte. Por eso su libro se puede y debe leer como una guía por los caminos del reconocimiento nacional. Y en ese sentido, sería recomendable que se volviera libro de texto para los políticos de todos los partidos; incluido el de la abstención.

IV

Una guía por las entrañas de México, cuyo verdadero personaje es la tradición, el pueblo y sus huellas, *La cultura mexicana en el siglo xx* es varias cosas al mismo:

- 1) Un conjunto de apuntes, ensayos y notas que van repasando y caracterizando en progresión histórica algunos episodios, obras, actos y circunstancias de la memoria simbólica nacional y la generación del propio Monsiváis.
- 2) *Un hit parade*, un ejercicio que tiene como centro la cultura de la Revolución Mexicana y la canonización instantánea y de salvación o caracterización epigramática.
- 3) Un gimnasio literario donde se percibe el decatión prosódico practicado por el atleta-enciclopedista, el hombre-abanico que fue Monsi.
- 4) Un tejido mental variopinto donde se entreveran la sociología, la historia, la crítica política, el cotilleo ilustrado, aplicados vertebralmente a la expresión escrita –poesía en verso y en prosa, fábula, narrativa, teatro, cine, artes plásticas.
- 5) Un autorretrato oblicuo de la voz que guía y que sabe su bien cuento, pero que solamente lo cuenta al que se va con él.
- 6) Un cuento, leyenda o novela cuyo personaje principal es esa entidad a la par gaseosa e imprescindible: el pueblo, la sociedad mexicana, las biografías paralelas de la gran historia y de la eterna señorita llamada tradición.
- 7) Un meta-cuento, o sea una suerte de teología laica o secular de la historia de la cultura mexicana.
- 8) Un catecismo ilustrado del patrimonio cultural mexicano.
- 9) Un haz de microhistorias culturales llamado no sólo a conservar y postularse como canon sino a servir como catalizador forense, civil y social.
- 10) Más que un testamento –este es un libro póstumo; uno de los al menos cinco publicados por Monsiváis después de muerto– se trata de un pliego de mortaja, es decir, una agenda de asignaturas pendientes y una herencia para ser gastada, un regalo.

V

La cultura mexicana del siglo XX es un libro que admite, *of course*, varias lecturas:

- 1) La más natural: como una historia, como una investigación en movimiento, como un relato donde encajan y guardan varios tiempos y diría yo, varias velocidades narrativas, varios interlocutores y varios discursos subyacentes;
- 2) la más servil y ancilar: usarlo como libro de señas y caracterizaciones, útil para navegar didácticamente las corrientes y contracorrientes de las genealogías y familias artísticas y literarias –un poco al estilo de los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* de Pedro Henríquez Ureña, de quien Monsiváis es, intelectualmente hablando, nieto directo–;
- 3) La más crítica y responzona: la que va sondeando lagunas, calando ausencias, curioseando omisiones y fulanizando, deshilvanando la tapicería contenida en un libro de apariencia didáctica pero de entraña enamorada de lo central y de lo periférico, cautivo de la tensión que emana de la historia o más bien de las entrehistorias congregadas en el cuerpo cultural mexicano. De ahí que desde esa perspectiva tercera, surja y se dibuje el verdadero sujeto elocutorio de esta obra: el entrenós, el vasto entrenós que logra conciliar en un consenso y en un canon la disidencia y la tradición, el entrenós que vincula como en una mega-urbe (hay por cierto un capítulo sobre urbanismo y arquitectura) formas y variedades, bajo el paraguas de un ámbito vivo y sensitivo: libro escrito con gusto y brío, libro liso, que nos acompañará como grata y útil compañía no solo por su información y su feliz oficio de canonización sino por su pensamiento, sus ideas subyacentes y filosofía, por más que una de las lagunas de esta historia que casi parece geografía, por la eficiencia de la ritualización, sea precisamente el pensamiento, las ideas y la filosofía y, con ella con ellos, la *traducción* que Carlos se guarda como un arma secreta junto con otras en su arsenal.

L/istor

Rusia III: En tiempos de Stalin

Compilación y notas de Jean Meyer*

G.V.Kostyrchenko, *Tainaia política Stalina: vlast' i antisemitizm*. Moscú: Mezhdunarodnye otnosheniia, 2001, 779 pp. ■ La apertura –relativa en el tiempo– de los archivos sovié-

*Seguiremos el orden cronológico de publicación a partir de 2001.

ticos permitió al autor indagar, sin demagogia y con mucha prudencia, el tema del antisemitismo de Stalin y de algunos de sus colaboradores. Toma en cuenta el momento, la lucha de facciones, los factores internos y externos. El título menciona “la política secreta de Stalin” porque, a diferencia del nazismo, la ideología de Estado soviética no incorporó nunca el antisemitismo como dogma oficial. De ahí la ambivalencia del antisemitismo en el sistema estaliniano. Una obra notable, resultado de un gran trabajo en los archivos.

William J. Chase (editor), *Enemies within the Gates? The Comintern and the Stalinist Repression, 1934-1939*. Yale: Yale University Press, 2001, xxi + 514 pp. ■ Es uno de los muchos volúmenes de la serie *Annals of Communism* editada por Jonathan Brent. Cada volumen descansa en documentos inaccesibles antes de 1992 y pertenece al gran proyecto ruso-americano. Cada tomo –se cuentan ya más de 15– ha sido editado por uno o varios especialistas del tema. El asesinato de Sergei Kirov en 1934, en circunstancias por lo menos misteriosas, desató una paranoica cacería contra los “trozkistas”: el NKVD consideró al Komintern como “un nido de espías”.

Ronald Radosh, et al., *Spain Betrayed: The Soviet Union in the Spanish Civil War*. Yale: Yale University Press, 2001, xxxiv + 537 pp. ■ En la misma serie que el libro anterior, este volumen cubre la participación crucial del Komintern, de los consejeros militares, diplomáticos y agentes de seguridad soviéticos en la guerra de España. Confirma que los intereses del Estado soviético, que no los de España, guiaron la política del Komintern.

Joshua Rubinstein y Vladimir P. Naumov (editores), *Stalin's Secret Pogrom: The Postwar Inquisition and the Jewish Antifascist Committee*. Yale: Yale University Press, 2001, xxvii + 527 pp. ■ El tomo cuarto de la mencionada serie *Annals of Communism* profundiza un episodio de la progresiva ofensiva antisemita de Stalin; se trata del caso del Comité Antifascista Judío (soviético, claro), fundado en 1942, en el marco de la lucha contra la Alemania nazi, y destinado a ganarse la buena voluntad de Estados Unidos. En 1948, 15 de sus dirigentes fueron arrestados y sometidos a un proceso secreto; después de cuatro años de encarcelamiento, también secreto, y de torturas, catorce fueron condenados a muerte y ejecutados. Salomón Mijoels, el gran actor y director del teatro yiddish, una de las figuras centrales del Comité, había sido asesinado en el mismo año en Minsk, antes de los arrestos. Una historia terrible.

Pavel Chinsky, *Staline, archives inédites, 1926-1936*. París: Berg Internacional, 2002. ■ El libro fue publicado poco después de la apertura de los archivos personales del “gran

georgiano”, de modo que, hace diez años, fue una “gran première”, saludada por el historiador francés Nicolas Werth, excelente conocedor de la historia soviética. Este pequeño libro trata de los diez años decisivos durante los cuales Stalin toma y consolida el poder. Chinsky apunta que el déspota no era “una eminente mediocridad” (decía Trotzki) sino “un hombre fuera del común [...] se necesitaba la miopía y la mala fe de sus rivales para pretender que Stalin no era sino el fruto del aparato, cuando precisamente el aparato es su obra, una obra tan notable que le sobrevivió, con reformas bastante limitadas, casi 40 años”.

Marc Jansen y Nikita Petrov, *Stalin's Loyal Executioner: People's Commissar Nikolai Ezhov, 1895-1940*. Stanford: Hoover Institution Press, 2002, xiii + 274 pp. ■ Jefe del NKVD, la policía secreta, de 1936 a 1938, Ezhov administró fielmente las “grandes purgas” recetadas por Stalin: más de un millón y medio de arrestados, más de la mitad de ellos liquidados, sin contar las “operaciones de masa” contra campesinos y diversos grupos étnicos o sociales. Su carrera fue meteórica y su caída tan pronta como su elevación, pero cumplió con la tarea de liquidar gran parte de la elite soviética, civil y militar. Arrestado a finales de 1938, fue ejecutado secretamente en 1940 y su imagen borrada de las fotografías donde aparecía al lado del “Vozhd”. Muchos de sus colaboradores conocieron la misma suerte. Es interesante saber que su predecesor, Yagoda, y su sucesor, Beria, fueron, como él, acusados de “espionaje, terrorismo y corrupción personal”. Los tres murieron ejecutados.

Janusz Bardach y Kathleen Gleeson, *Surviving Freedom: After the GULAG*. Berkeley: University of California Press, 2003, xxiii + 251 pp. ■ Un libro muy original sobre un tema poco tratado, casi ausente en las memorias de los que sobrevivieron a la deportación y a los años pasados en los campos del archipiélago. El polaco Bardach fue alistado en el Ejército Rojo en 1940, arrestado y condenado a muerte un año después. Cuando cavaba su tumba llegó la conmuta de la pena a diez años de campo en Kolyma, “la Siberia de Siberia”. Mientras tanto, toda su familia fue masacrada por los nazis que liquidaron el gueto de Włodzimierz-Wolinski. Víctima de dos terrorismos, apunta que “ningún animal podría sobrevivir en las condiciones de los campos de trabajo, pero el hombre puede ajustarse a lo que sea”. Sin embargo, ajustarse a las condiciones de la URSS, después del campo, le resultó sumamente difícil.

Martin Bollinger, *Stalin's Slave Ships: Kolyma, the GULAG Fleet, and the Role of the West*. Westport, Connecticut: Praeger, 2003, xvi + 217 pp. ■ El autor, historiador marítimo,

nos habla de la flota de Kolyma, “el Auschwitz del frío”, “doce meses de invierno, doce meses de infierno” (hay que leer a Varlaam Shalamov y sus relatos terroríficos de Kolyma). Para llegar a esta comarca, la más fría del mundo, había que tomar el barco en Vladivostok para desembarcar en Magadan, en el estero del río Kolyma. Bollinger estima que un millón de personas fueron transportadas en “uno de los mayores movimientos de población por barco”. Lástima que el autor no haya aprovechado la apertura de los archivos.

Jonathan Brent y Vladimir Pavlovich Naumov, *Stalin's Last Crime: The Plot Against the Jewish Doctors, 1948-1953*. Nueva York: Harper's Collins, 2003, xi + 399 pp. ■ Este siniestro capítulo del estalinismo culminó, en vísperas de la muerte del “Vozhd”, con el “complot de las batas blancas”: médicos y enfermeras judías acusados de haber asesinado a varias personalidades y de estar complotando la muerte de Stalin. El libro debe leerse al mismo tiempo que *La política secreta de Stalin*, de G.V. Kostyrchenko, ya mencionado, y el *Stalin's Secret Pogrom*, también presentado, de J. Rubinstein y el mismo V.P. Naumov. Si bien presenta un excelente material inédito, contiene errores de nombres, apellidos, fechas, posiblemente cometidos a la hora de la traducción. A los autores se les pasó la mano al hablar de un “*Soviet holocaust*” en ciernes con la previsible “detención y deportación de cientos de miles si no es que de millones de inocentes” judíos (p. 191). La muerte repentina de Stalin puso fin al asunto y Lavrenti Beria liberó las “batas blancas”.

Igal Halfin, *Terror in My Soul: Communist Autobiographies on Trial*. Cambridge: Harvard University Press, 2003, xi + 334 pp. ■ Estudio fascinante sobre los misterios del alma comunista, a saber “el complejo ritual de palabras y actos que permitía al Partido determinar quién era digno de pertenecer a la cofradía de los elegidos”. El autor maneja una variedad impresionante de fuentes directas e indirectas sobre el esfuerzo, inicialmente sincero, para purificar las almas y forjar el hombre nuevo, el “homo sovieticus”. Los manuscritos autobiográficos estudiados pertenecen a los archivos de las células estudiantiles del Partido en las universidades. Halfin discute de manera interesante la sinceridad —o su contrario— en estos ejercicios, sin ser siempre convincente. En los años veinte, al redactar su autobiografía, la persona trabaja posiblemente a la salvación de su alma, pero en los años treinta del Terror, salva el pellejo.

Paul R. Gregory, *The Political Economy of Stalinism: Evidence from the Soviet Archives*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004, xi + 308 pp. ■ Es un libro para economistas

que señala la gran cantidad de documentos que permiten poner en vilo “la más importante experiencia social, política y económica del siglo xx”. El autor lamenta que los economistas no manifiesten el menor interés hacia tan mayúsculo intento, desde que la URSS desapareció. En los años 1920, Ludwig von Mises y Friedrich A. Hayek habían profetizado el fracaso del sistema planificado.

Kees Boterbloem, *The Life and Times of Andrei Zhdanov, 1896-1948*. Montreal y Kingston: McGill-Queen University Press, 2004, xxiv + 593 pp. ■ Biografía política tradicional del brazo ideológico de Stalin, importante miembro del Politburó, con autoridad sobre agricultura e industria, no menos que diplomacia, ciencia y cultura. Ese libro gordo y sustancial descansa en todo tipo de archivos, desde los papeles personales de Zhdanov hasta los del Partido y del Estado. Además, *Life and Times* es un estudio profundo del Partido y del sistema soviético en general, desde los inicios hasta la muerte del biografiado. El Zhdanov de Boterbloem no es un títere, un lacayo al servicio del tirano, sino un hombre talentoso, inteligente y terriblemente trabajador, un hombre de carne y hueso.

Klaus Heller y Jan Plamper, *Personality Cults in Stalinism/Personenkulte im Stalinismus*. Göttingen: V&R Unipress, 2004, 472 pp. ■ Quince ensayos, algunos en alemán, otros en inglés, enriquecen la de por sí larga bibliografía sobre los cultos de la personalidad a través de los siglos y de las culturas. Buscan en la propaganda, las películas, la literatura y las artes más el *cómo* que el *por qué*. Así, aparecen ambiciones y deseos, dudas y miedos, fantasmas y obsesiones que participan a la construcción del Poder. Stalin y otros líderes comunistas no se quedan solos; estudian también intelectuales, escritores, estrellas de cine, como a otras tantas “personalidades”. Hitler y Mussolini no están ausentes. Más allá del culto, aparece una “cultura de la personalidad”.

David L. Hoffmann, *Stalinist Values: The Cultural Norms of Soviet Modernity, 1917-1941*. Ithaca: Cornell University Press, 2003, xvi + 248 pp. ■ El autor, además de tratar lo que anuncia el título, sitúa la cultura soviética de los años 1930 en el contexto de los programas de modernización que se desarrollan en toda Europa durante esa época.

James T. Andrews, *Science for the Mass: The Bolshevik State, Public Science, and the Popular Imagination in Soviet Russia*. Texas A&M University Press, 2003, xii + 234 pp. ■ El autor maneja muchos archivos soviéticos y una temática muy amplia, como lo manifiesta el título del libro. Quizá por eso centra su investigación, en buena parte, sobre la región de Iaroslav, cuyos archivos estatales usa mucho y muy bien. Analiza la fuerza de la popularización de la ciencia entre 1920 y 1940, en especial

durante la Revolución Cultural (1928-1931), acompañada por colectivización, *deskulakización* y destrucción de la religión. Pero habrá que leer a William B. Husband (*Godless Communists*, De Kalb, 2000) para entender que la promoción de la ciencia (y del materialismo) es un elemento esencial de la lucha para erradicar la religión.

Golfo Alexopoulos, *Stalin's Outcasts: Aliens, Citizens, and the Soviet State, 1926-1936*. Ithaca: Cornell University Press, 2003, xi + 243 pp. ■ Alexopoulos estudia una campaña masiva de represión social poco conocida: la que afectó en los años 1920 a elementos “burgueses”, calificados como “lishentsy” y puestos prácticamente fuera de la ley, es decir, despojados de todos los derechos del ciudadano soviético. “Lishentsy” (del verbo “lishit”: privar, despojar) significa literalmente “privados, despojados”. Cuatro millones de personas perdieron no solamente sus derechos políticos, sino el acceso al alojamiento, empleo, educación, sistema de salud y tarjeta de racionamiento (para conseguir alimentación). La conclusión lógica del proceso era la deportación y el campo de trabajo. La autora fue la primera en descubrir, en un pueblito de Siberia, los archivos de estos parias, y ha trabajado varios miles de expedientes. Confieso que antes de leerla, ignoraba este capítulo de la trágica historia social soviética.

Simon Sebag Montefiore, *The Court of the Red Tsar*. Nueva York: Random House, 2003, xxvii + 785 pp. ■ Un *best seller* del autor de buenos libros sobre el príncipe Potemkin y el joven Stalin; *best seller* en el buen sentido de la palabra, sobre las personas que formaban, con sus familias, el círculo íntimo del “Vozhd”. El trabajo de archivos y una profunda lectura de los libros de memorias, aunado al talento narrativo de Sebag, se conjugan para dar una visión original de la “Corte del Tsar rojo”.

Oleg V. Khlevniuk, *The History of the GULAG: From Collectivization to the Great Terror*. Yale: Yale University Press, 2004, xix + 418 pp. ■ Otro libro de la serie *Annals of Communism*, ofrece 106 documentos totalmente desconocidos y contribuye al debate sobre el número de víctimas, la naturaleza económica del GULAG y las “operaciones de masa” de 1937-1938. El autor calcula que 20 millones de personas fueron condenadas y tres millones deportadas sólo en los años 1930. Hasta ahora, el mejor trabajo sobre un tema tan complejo como terrible.

Richard Overy, *The Dictators. Hitler's Germany and Stalin's Russia*. Nueva York: Norton, 2004, 849 pp. ■ En 1992, Alan Bullock publicó el excelente *Hitler and Stalin: Parallel Lives*; sin embargo, el buen libro de Richard Overy tiene el mérito de ofrecer más una comparación entre los sistemas que entre los “héroes”.

Robert Service, *Stalin: A Biography*. Cambridge: Harvard University Press- Macmillan, 2005, xviii + 715 pp. ■ La apertura de los archivos y el diluvio de libros y memorias permiten al gran especialista de la URSS ofrecernos a un Stalin más complejo y más humano. “Se ha sugerido que este enfoque corre el riesgo de ‘humanizar’ a los líderes comunistas. Me reconozco culpable”, escribe Service. “Stalin condujo campañas de exterminio que le valieron calificativos como monstruoso, reptiliano [...] pero es falso pintar los políticos asesinos del siglo XX como si no pudiesen compararse con nosotros. Falso y peligroso”.

Kevin M.F. Platt y David Brandenberger (editores), *Epic Revisionism: Russian History and Literature as Stalinist Propaganda*. Madison: University of Wisconsin Press, 2006, xvi + 355 pp. ■ Esa antología combina fuentes primarias, análisis, contexto y conceptualización, de modo que sirve tanto para los estudiantes como para los especialistas. Los coordinadores lograron una verdadera obra interdisciplinaria realmente colectiva.

Jochen Hellbeck, *Revolution on My Mind: Writing a Diary under Stalin*. Cambridge: Harvard University Press, 2006, xi + 436 pp. ■ Hellbeck había publicado en alemán y en 1996 el diario de Stefan Podlubny, hijo de un “kulak”; siguió trabajando esa veta y nos ofrece el resultado de su lectura de los numerosos diarios que ha desenterrado. De manera inevitable, la síntesis que hace entre ideología dominante y subjetividad nos lleva al gran libro de Orlando Figes, reseñado anteriormente en nuestras páginas: *The Whisperers. Private Life in Stalin’s Russia* (Nueva York: Metropolitan Books, 2007).

Martin Amis, *House of Meetings*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 2007, 246 pp. ■ El historiador se equivocaría grandemente al no leer las “novelas” de Martin Amis, aquella y su *Koba the Dread*.

Luiza Iordache, *Republicanos españoles en el GULAG (1939-1956)*. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials, 2007, 142 pp. ■ Se trata de unos jóvenes pilotos republicanos que, a principios de 1939, terminaban su formación en la URSS, de marineros que llevaban armas a España y quedaron varados en Odessa, de niños enviados a la URSS, de militantes comunistas que habían optado por “el paraíso socialista”, todos condenados a trabajos forzados en el GULAG.

Jonathan Brent, *Inside the Stalin Archives. Discovering the New Russia*. Nueva York: Atlas, 335 pp. ■ Realizada por el director de la serie *Annals of Communism*, la historia de esta fabulosa “joint venture” historiográfica ruso-americana que empezó en 1992, pocos días después del nacimiento de la segunda república rusa. Hay varios

héroes en ese libro, pero el héroe número uno es Alexander Yakovlev, verdadero padre de la “perestroika”.

Natalia Naotchnitskaïa, *Que reste-t-il de notre victoire? Russie-Occident : le malentendu*. París : Syrtes, 2008, 204 pp. ■ Nacionalista neo-estalinista, la autora justifica el pacto germano soviético y rehabilita totalmente al “Vozhd”. Hay que leer ese tipo de literatura.

Bertand Patenaude, *Stalin's Nemesis: The Exile and Murder of Leon Trotzky*. Nueva York: Faber, 2009, 352 pp. Robert Service, *Trotzky: A Biography*. New York: Macmillan, 2009, 624 pp. ■ El primer libro se lee como una novela policiaca; el segundo, acaba con la leyenda del buen Trotzki. Service concluye: “Muy cercano a Stalin en intenciones y práctica. Igual que Stalin, no hubiera creado una sociedad de socialismo humanista.”

Nicolas Werth, *L' ivrogne et la marchande de fleurs. Autopsie d' un meurtre de masse (1937-1938)*. París : Tallandier, 2009, 336 pp. ■ El gran especialista francés desarma la implacable mecánica de la violencia de Estado durante el Gran Terror: en un año, un millón y medio de condenados, 750 mil ejecutados.

Iouri Chirkov, *C' était ainsi...* París: Syrtes, 2009, 368 pp. ■ Traducido del ruso, el testimonio de quien fue deportado a los 15 años al presidio helado del antiguo monasterio de las islas Solovki, en 1935. Liberado en 1945, deportado otra vez en 1951, absuelto en 1955. El libro se publicó en 1989, un año después de su muerte.

Norman M. Naimark, *Stalin's Genocides*. Princeton: Princeton University Press, 2010, 163 pp. Stephen F. Cohen, *The Victims Return. Survivors of the GULAG after Stalin*. Nueva York: Publishing Works, 2010, 216 pp. Irina Paperno, *Studies of the Soviet Experience. Memoirs, Diaries, Dreams*. Cornell: Cornell University Press, 2010, 304 pp. Mary-Kay Wilmers, *The Eitingons. A Twentieth-Century Story*. Nueva York: Verso, 2010, 476 pp. ■ Estos cuatro últimos libros no nos han llegado, pero parecen interesantes. La familia Eitingon era más conocida por Max, el psicoanalista del círculo de Freud, que por Leonid, el chekista que organizó el asesinato de Trotzki. ❧